

# LA ISLA MALDITA

por

MARIA ISABEL CAUNSELMAN

Landers hizo otra señal en el podrido leño. Los seis hombres lo observaban abatidos, mientras Clark contaba sombríamente.

—Quince—terminó en voz alta.—Quince días desde que el buque se fué a pique.

“¡Cielos! ¡Hemos estado sólo dos semanas en esta maldita isla! Me parece que han pasado quince años desde que comí una cena completa. Hum... Daría mi rincón en el infierno por un buen bistec—musitó soñador.—Y una fuente con patatas fritas.

—¡Cállate! —exclamó Ellis, brutalmente, mirando ceñudo a Clark.—¡No lo conviertas en un infierno peor del que ya es!

Se acurrucaron en la blanca arena, siete hombres que no tendrían nada en común en Nueva York, pero que se unían para vencer a su enemigo común: la Muerte.

Siete pares de ojos mirando con fijeza la interminable extensión de agua azul verde donde el sol se sumergía en aquel momento.

Landers miró pensativo a sus compañeros. Durante aquellos interminables quince días, había llegado a conocerlos muy bien.

En el caos promovido por el naufragio del buque, el instinto de conservación los arrojó al pequeño bote salvavidas y se alejaron del barco que iba hundiéndose en el tempestuoso mar.

Perecieron muchos, pero sin duda el barco que acudió en su socorro debió de recoger a la mayoría de los botes cargados de gente.

“Sin embargo, se debió de dar por des-

aparecido un bote,—meditó amargamente Landers,—un bote conteniendo siete hombres”.

Habían sido zarandeados por la tempestad durante toda la noche, con la Muerte amenazándoles en cada embate y, cuando llegó la mañana, la barca chocó contra un arrecife de unos siete metros de anchura, pero que al fin, era tierra firme.

Saltaron jubilosos de la embarcación que hacía agua y se agarraron al providencial arrecife. Cuando el sol se elevó más, la marea retrocedió revelando un islote de aproximadamente una milla cuadrada.

En la playa en cuesta veíanse maderas flotantes y peces muertos; y más allá, en el fango, encontraron alimentos: ostras. En consecuencia, esperaron, bebiendo parcamente de sus dos barriles de agua y alimentándose de mariscos, confiados al principio, luego esperanzados y al fin desesperados.

Al rayar el día, una bandera hecha con una camisa, ondeaba desde lo alto del arrecife para avisar al barco que por allí pasase casualmente.

De noche ardía un pequeño fuego a guisa de señal, alimentado prudentemente con la madera recogida en la playa durante la marea baja.

Cuando la marea descendía por completo, los siete hombres buscaban en la arena mariscos, que amontonaban junto a la bandera, y cuando el mar subía cubriéndolo todo, excepto el diminuto promontorio, se